

## EDITORIAL

Quisimos dedicar esta revista al *Foro Saga 10 Años*. Todos los artículos de esta edición fueron ponencias presentadas en aquel evento. Algunas de ellas, por su gran calidad, han sido escogidas para ser publicadas. La labor de edición de este número de *Saga* ha sido particularmente difícil, dado que hemos tenido que escoger 14 ponencias de las 37 presentadas en el foro. Por estas razones este número tiene un mérito doble, por un lado, se condensan los esfuerzos realizados durante la celebración de los 10 años de la revista y, por otro, es el resultado de un juicioso trabajo de edición.

Sin miedo a equivocarnos, podemos decir que el *Foro Saga 10 Años* fue un éxito. Participaron ponentes externos a la universidad y a la ciudad (lo cual habla del impacto del evento en el país), también hubo buena asistencia, se generó discusión (lo que significa que los temas generaron controversia), los debates entre profesores fueron muy interesantes y concurredos (lo que resalta el interés de los asistentes por participar en actividades que incentiven el diálogo), e incluso, en el evento de cierre, hubo un espacio para autoevaluar el trabajo de la revista y para trazar nuevos objetivos. Sin lugar a dudas la lista de aspectos positivos que podemos sacar del evento es más larga; por lo que todos los sagaces tenemos razones suficientes para estar orgullosos de la revista y del foro organizado para la celebración de su primera década de trabajo continuo.

Pero nuestra intención en esta editorial va más allá de listar los aciertos del *Foro Saga 10 Años*. Debemos llamar la atención sobre el objetivo central no solo de un evento académico como éste, sino también de la revista *Saga*. Cuando un estudiante de filosofía envía una ponencia para un evento académico, o un artículo para que sea evaluado, tiene –o debería tener– el firme deseo de *hacer público lo que piensa*. Debe querer que su ensayo sea escuchado o leído, analizado y criticado por un público. Por eso son interesantes estos espacios académicos, porque es allí donde la filosofía se muestra al público, donde nos atrevemos a abandonar ese cascarón conceptual sumamente frágil en el que muchas veces nos encerramos y que nos impide salir a la luz del diálogo crítico.

Lastimosamente la vida académica está llena de obstáculos que entorpecen la creación de un diálogo constructivo. Debemos referirnos a dos fenómenos que infortunadamente suelen aparecer frecuentemente en la escena académica. Un primer fenómeno es el “reseñismo” extremo que funciona como un ancla oxidada para el pensamiento. Debemos quitarnos ese peso innecesario de encima y atrevernos a pensar por nosotros mismos. La academia está enferma de reseñismo. Los estudiantes, muchas veces, tenemos miedo de poner nuestras ideas bajo la crítica y preferimos sumarnos a las ideas de otros para evitar la posibilidad de equivocarnos. Así, la crítica tocaría al autor que se reseña y no a quien hace la reseña. De esa manera, nuestro pensamiento se confunde con el pensamiento de otro. Sigamos el consejo de aquel viejo ilustrado: atrevámonos a pensar por nosotros mismos. Desde luego esto no significa decir disparates utilizando de manera desorganizada nuestra imaginación. Bien sabemos que pensar es una actividad que requiere esfuerzo y rigor, y justamente en eso radica lo interesante: pensar es un reto.

El otro fenómeno es el caso del “intelectualoide”, que no es otra cosa que un intento por decir algo tan innecesariamente especializado y artificial que el pensamiento, en algún sentido, deja de ser público. A veces nos encontramos con artículos sobre temas insospechados, con

tecnicismos fastidiosamente sofisticados, y hasta con palabras inventadas. Estos artículos, si acaso, solo los entenderán unos pocos. Y desde luego que algunos de ellos pueden ser muy valiosos académicamente, pero seguramente muchos otros, tal vez la mayoría, tan solo son palabrería. Esos intentos por decir algo novedoso pueden ser muy contraproducentes ya que lastimosamente tales esfuerzos, que suelen ser muy pretenciosos, pueden terminar en castillos de aire y trabalenguas conceptuales. Cuando esto sucede no se puede hacer público lo que se piensa, al menos no sin confundir a los lectores o a la audiencia.

Curiosamente ambos fenómenos, aunque son completamente opuestos, encuentran sus raíces en el mismo lugar, ya que son el reflejo de la incapacidad para pensar por sí mismo. En efecto, el reseñismo consiste en adueñarse del pensamiento *ajeno*, lo cual, en el mejor de los casos, implica hacer público lo que otro piensa. El caso intelectualoide, por su parte, consiste en crear intrincadas ilusiones *privadas*, al punto que se cierra la posibilidad de hacer público el pensamiento propio porque éste se asemejaría a un lenguaje incommunicable. El pensamiento no debe ser una imitación ni tampoco debe ser una creación ficticia.

Con todo esto solo queremos hacer la invitación para que las páginas de *Saga*, y los eventos académicos que vengan en el futuro, no se conviertan en un baúl de reseñas ni en una colección de enredos conceptuales. Recordemos que el objetivo principal de *Saga* es crear diálogo filosófico y, por principio, dialogar requiere al menos dos participantes. Dialogar implica compartir el pensamiento con el otro. Esto no es nada nuevo: Sócrates tenía muy claro que la filosofía era una actividad dialógica, pública. Él era capaz de escuchar las opiniones de sus interlocutores, y también era muy hábil revisándolas, destruyéndolas y criticándolas, con el único fin de sacar a la luz una creencia verídica. Con esto Sócrates no buscaba demostrarles a los otros cuán ignorantes eran, sino que, tras la destrucción de las opiniones falsas, esperaba que él mismo y sus interlocutores se motivaran a seguir filosofando y perfeccionando su pensamiento. A través del diálogo y el examen los interlocutores son capaces de entender el error en su pensamiento.

Justamente *Saga* se creó para seguir el ejemplo de Sócrates. El objetivo de crear diálogo filosófico debe estar fundado en la actitud socrática de entender **la filosofía como un ejercicio público**. Con esto en mente, el fenómeno intelectualoide y el reseñismo ya no tendrán cabida, y además siempre habrá una disposición a comprender, analizar y cuestionar no solo el pensamiento de los otros, sino también el pensamiento propio. Este horizonte debe seguir siendo un principio para *Saga*. Es por ello que como miembros de una revista académica de estudiantes tenemos una importante labor: ¡seguir socratizando a *Saga*!

Leonardo González  
Víctor González  
DIRECTORES